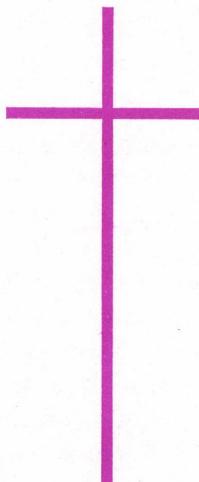


43 B118



PADRE JOSE MIGUEL HERNANDEZ

**INSPECTORIA
SALESIANA
“SAN LUCAS”
VENEZUELA**

RECORDANDO A JOSE MIGUEL

Escribir una carta mortuoria para un hermano salesiano no es empresa fácil pues, en poco espacio, hay que tratar de destacar lo que ha sido una vida dedicada al servicio de los demás.

Pero confiando en la comprensión y paciencia de quienes lo han conocido, tratado y querido, y considerando las experiencias que resultan de diversas fuentes a mi alcance, me propongo resaltar los rasgos más significativos de su vida de pastor.

José Miguel nace el 26 de mayo de 1925 en Güira de Melena, provincia de la Habana - Cuba; sus padres son Magdalena López y José Miguel Hernández, agricultores de profunda rai-gambre cristiana.

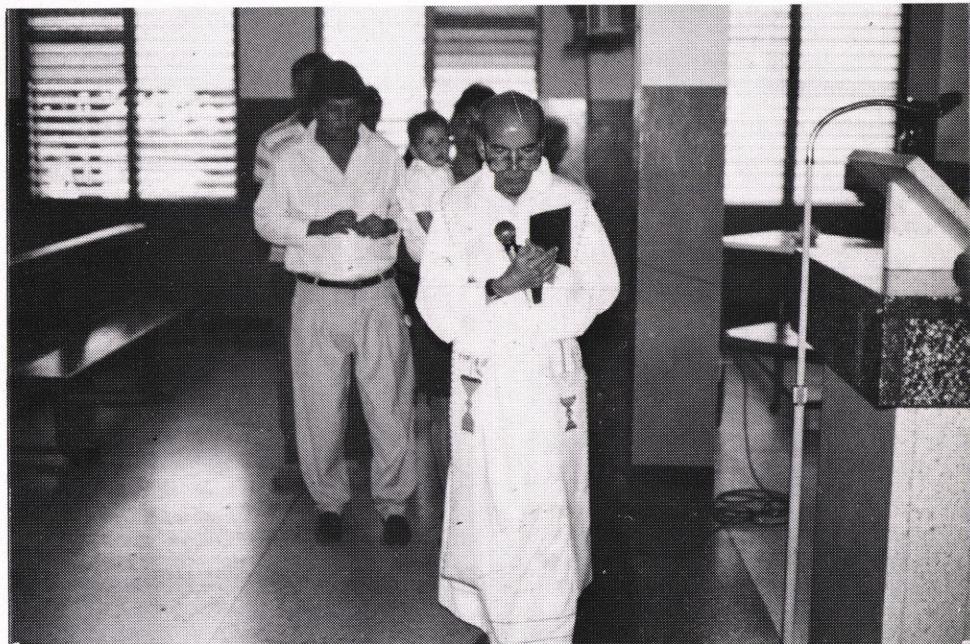
A los catorce años ingresa en el aspirantado de Guanabacoa, donde también hace el noviciado y profesa como salesiano en 1943. Sus estudios de filosofía los realiza allí mismo y también el tirocinio. Es enviado a estudiar teología a El Salvador (Centro América) y los continúa en Córdoba (Argentina). Aquí es ordenado al Sacerdocio Ministerial el 22 de noviembre de 1953.

A su regreso a su patria es catequista en el Colegio San Juan Bosco de La Habana, luego en Compostela y finalmente en Camagüey. Aquí lo alcanza

el sacudimiento que afecta a Cuba: la revolución castrista va a cambiar definitivamente su vida. Su posición definida, sin términos medios, lo involucra en la suerte de centenares de sacerdotes y religiosas, extranjeros y cubanos, que son expulsados o desterrados de Cuba. No volverá más, sea porque lo impide el sistema político impuesto, sea porque sus lazos serán cada vez más tenues al morir sus padres y hermanos: con todo hace unos años escribió al Inspector de las Antillas manifestando su deseo de volver; y hasta hizo su pasaporte... todo inútil... pues llegado el momento no partirá: quería entrar por la puerta grande, dijo.

Por unos años sigue en la inspectería, realizando su labor pastoral en los Colegios de San Juan Bosco, Santurce (Puerto Rico) y María Auxiliadora (Santo Domingo).





En 1969 llega a nuestra Inspectoría de Venezuela, donde va a desplegar, por más de veinte años una intensa acción apostólica en el campo parroquial. Es el primer párroco de San Juan Bosco - El Boquete (Valencia), donde sienta las bases del trabajo pastoral en esa inmensa y fervorosa comunidad cristiana. Todavía lo recuerdan los hoy padres de familia, jóvenes de ayer, cuando en su compañía, al filo de la media noche, escribían en las paredes: "el alcohol arruina" (todavía perduran....). Muchos jóvenes, entre ellos Alfredo Oliveros, hoy sacerdote salesiano, encontraron en él un guía seguro en la orientación de sus vidas. Pues tal fue una de las características del P. José Miguel: ir cultivando cariñosamente los gérmenes de vocación y por ello hoy son varios sacerdotes, y religiosas que

encontraron en él un padre espiritual de su vocación. Su labor profunda, tenaz y sacrificada sin medida, se interrumpe al ser trasladado a Puerto La Cruz; pero deja continuando su labor a una comunidad salesiana ya constituida, que extendería grandemente hasta alcanzar lo que es hoy en día.

En Puerto La Cruz, ciudad del petróleo, el comercio y el turismo, José Miguel se va a dedicar a la Parroquia de Sierra Maestra, primero como Vicario y luego como Párroco. Su amor por la palabra de Dios lo hará difundir la Biblia a todas las casas de la parroquia; a los niños que se están preparando para comulgar, les exigirá su uso a pesar de todo; organiza el estudio bíblico dos veces por semana, al que participan laicos ávidos de encontrar en

la palabra de Dios la respuesta para sus vidas; van surgiendo más grupos de cur-sillistas, legionarios, catequistas, jóve-nes misioneros; difunde literatura ca-tólica, escribe hojitas de una apolo-gética contundente como una que titula: *¿A quién debo confesar mis pecados?*; sos-tiene un programa de radio semanal, donde con su característica argumen-tación, desmenuza temas de vida dia-ria desde el Evangelio, su intensa activi-dad no conoce horario y aún en horas de la noche sigue en reuniones, prepa-rando actividades. Su salud mientras tanto, empieza a verse afectada: es ope-rado del corazón. En el curso de sus dolencias, hace emerger una caracte-rística de su personalidad: busca lo más sencillo y pobre, hace sus exámenes médicos en hospitales públicos, que-riendo igualarse en todo a ese pueblo

a quien quería servir... Se distingue por el trabajo sistemático, su perseverancia en el seguimiento personal de cada uno de los colaboradores y feligreses, pre-firiendo la acción intensa y profunda sobre grupos y personas al trabajo esporádico y genérico de masas; se dis-tingue por una actitud exigente con-sigo mismo y con los demás.

La vida del Padre José Miguel se re-laciona profundamente con la de mu-chos hombres y mujeres, jóvenes es-pecialmente, a quienes ayuda a asumir su compromiso cristiano; prueba de ello son algunas cartas, recibidas por él, en años recientes, y que voy a citar como testimonio de su significatividad pas-toral:

“... Yo estoy trabajando como cate-quista de adultos, por favor, Ud. que



está tan cerca de Dios, inclúyame en sus oraciones, ya que algunas veces me siento inssegura (...) mi esposo y yo estamos muy unidos: los dos damos juntos la catequesis; es maravilloso poder transmitir la palabra de Dios. Aunque la distancia nos separe, el cariño siempre permanecerá'.

O esta otra en la que luego de darle diversas noticias, concluye con expresiones que denotan una profunda realidad:

"... En lo referente a mi persona, solo puedo decirle que me ha hecho falta ese Amigo que acorrala y que nos pone frente a frente a nuestra realidad de pecadores. Ese Amigo que nos invita a participar de las cosas de Dios en su Iglesia.

Ese amigo que en las cosas más difíciles de la vida, siempre nos tiene una sonrisa alegre y que contagia.

Ese Amigo, que nos motiva a que nos preparemos para un mañana.

Ese Amigo que nos sabe escuchar cuando tenemos problemas muy serios.

Ese Amigo que sabe callar en silencio como un verdadero santo.

Ese Amigo eres tú, José Miguel!".

Al leer estas confidencias no puedo menos de emocionarme grandemente al constatar cuán hondo caló el Padre José Miguel entre la juventud del "puerto"; y considero que debió costarle grandemente la obediencia que, luego de doce años lo trasladaba a Valera... Además

de una comunidad parroquial llena de vida, de Evangelio, dejaba una grandiosa construcción, ubicada en la zona más habitada de la parroquia, el templo de Cristo Resucitado, empezada a levantarse con los aportes de los feligreses... Espigando en otra de las cartas encontradas en su escritorio, leo acerca de este traslado:

"... quiero comunicarle que en nuestro barrio, la iglesia ha prosperado mucho y estoy seguro que ya lo sabe, seguimos haciendo la palabra. Tenemos un nuevo nene, se llama NN, las bendiciones para él. Usted se fue pero lo recordamos gratamente y quedó con nosotros un buen pastor, que nos conduce igual que Usted, siempre por el camino del bien y en busca de nuestra propia salvación. Padre le pido que ore mucho por nosotros, como nosotros lo hacemos por Usted para que su salud sea buena y siga pastoreando la iglesia como lo ha hecho hasta ahora... Su hijo.

En Valera, la parroquia San Juan Bosco va recibir los esfuerzos apostólicos de los últimos años del P. José Miguel. Sus largas homilías, su visita a las casas, el seguimiento de los cursillistas, de la Legión de María, las horas de catecismo con los niños y jóvenes, su hora radiofónica semanal. Su lenguaje claro, insistente, bien preparado, que no deja espacio a la indiferencia...

A este respecto creo que es aleccionador uno de sus avisos parroquiales, muestra de su preocupación pastoral:

“Se acerca el tiempo en que los niños hacen su primera comunión. Pero la 1^a Comunión es eso. 1^a Comunión. Después debe venir la 2^a, la 3^a, la 4^a, la 10^a, la 100^a. Toda una vida recibiendo el cuerpo de Cristo en la Comunión. La Comunión más importante no es la primera, sino la última. La que nos llevan a la cama antes de pasar a la eternidad. Todas las demás comuniones que hemos recibido a lo largo de la vida nos preparan a la última comunión, la que nos llevan a la cama antes de presentarnos al juicio de Dios.

La verdadera importancia de la 1^a Comunión es que nos permite recibir todas las demás.

Más importante que la 1^a es la 2^a y más importante que la 2^a y la 3^a son las que siguen.

Es triste ver niños que hacen su primera comunión para no volver nunca más. La Nueva Evangelización debe cambiar esa manera de pensar y de hacer: Dios te bendiga y te esperamos hoy y todos los domingos en la Cena del Señor que es la Misa, adorando a Dios con los demás creyentes en Cristo”.

Así, remachando una y otra vez sobre las ideas y aspectos fundamentales de la vida cristiana, va fraguando personalidades decididas por el seguimiento y el apostolado.

Hace menos de un año fue hospitalizado de urgencia a causa de una apendicitis que le degeneró en peritonitis, con un cuadro clínico de cuidado.

Recuperado, siguió impertérrito, desoyendo las voces de sus hermanos que lo invitaban a cuidar más su salud.

Acercándose las vacaciones escolares de 1990, lanza en la Parroquia la Peregrinatio Pro Christo de la Legión de María. Allí estuvo atendiendo, ubicando, alemando, a más de un centenar de legionarios venidos de toda Venezuela con la finalidad de rescatar la fe en muchos hogares, especialmente en el barrio San Miguel, una zona poco atendida pastoralmente en la Parroquia. Luego de tal esfuerzo, sin horario ni comidas, su salud de deterioró más aún, y los exámenes realizados exigieron su hospitalización. Los médicos tratantes del Hospital Central de Valera llegan al diagnóstico preocupante: un cáncer extendido a todo el vientre. Para poder realizar una tomografía y prestarle una mejor atención, se decide con el P. Inspector trasladarlo a Caracas.

Aquí trascurre el P. José Miguel los últimos meses de su vida, primero en la clínica Avila, sometido a más exámenes; luego, atendido por la comunidad Salesiana de Altamira, con los salesianos ancianos y enfermos.

Durante este período de su vida, mientras su cuerpo se va destrozando y consumiendo por el mal, aprende a asimilarse a Jesús Crucificado y hace suyas las palabras de Pablo repitiéndolas a los que lo visitan: “*Si vivimos, vivimos para el Señor, y si morimos, morimos para el Señor; tanto en vida como en muerte somos del Señor*” (Romanos, 14,8).



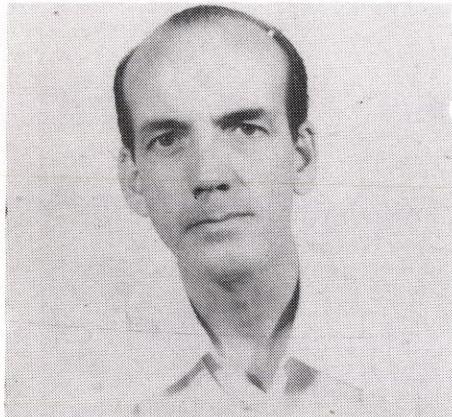
A quien le pregunta: “¿Como está? contesta risueño: “Muy bien mi hermanito”. Pese a su enfermedad, participa a la Eucaristía con los hermanos enfermos y baja a almorcizar con la comunidad, siguiendo la conversación.

A pesar del tratamiento, la enfermedad seguía su curso y vanamente esperamos poderlo traer a Valera para la Navidad.

Durante este período, jóvenes y adultos de Puerto La Cruz y Valera, vienen a visitarlo, lo llaman por teléfono, preguntan por su salud. Entre ellos, el P. Obies, sacerdote de Puerto La Cruz y vocación adulta seguida por el P. José Miguel.

Completada su carrera, cual mariposa que sale del capullo, la noche del 11 de marzo de 1991, vuela al Creador, como concluía su testamento, escrito hace unos años: *“Desnudo nací y desnudo muero agarrado sólo de Cristo Salvador”*.

Su gran familia espiritual acudió numerosa de Puerto La Cruz, Valencia y Valera, al funeral celebrado el 13 de marzo y presidido por Mons. Miguel Delgado, Mons. José Vicente Henríquez y Mons Eduardo Boza Mavidal obispo auxiliar de Los Teques y paisano exiliado como él; concelebran más de cuarenta sacerdotes, sus hermanos; participan las Hijas de María Auxilia-



dora, los cooperadores, las voluntarias de Don Bosco, los exalumnos; los niños del Colegio Don Bosco cantan las alabanzas del Señor, por la obra salvadora realizada en su humilde siervo. En la homilía, el P. José Angel Divasson, destaca los rasgos de pastor celoso y desprendido. En el Cementerio general del Sur, oraciones y cantos, emoción y lágrimas en los ojos, le dan el postrero adiós.

El P. José Miguel ha alcanzado a Cristo; entre nosotros ha quedado un gran vacío que alguien está llamado a colmar.

Como lo pudo comprobar el párroco al invitar a los feligreses de Caja de Agua (barrio de Valera) a unos Encuentros para la Semana de la Biblia. "Vendrán cuatro" —pensaba en sus adentros, el pastor... Cuál no sería su sorpresa, cuando llegando un poco más tarde de lo convenido, encontró la capilla llena de gente que escuchaba las exhortaciones de un joven que comentaba en forma precisa y comprensible

la parábola del Hijo Pródigo. De igual manera, en los días siguientes pudo constatar que eran tres los jóvenes que se turnaban en el uso de la palabra, invitando a la comunidad a no abandonar la verdadera iglesia católica (—no se trataba de evangélicos— respiró tranquilizado el cura).

Al preguntarles al final del Encuentro, cómo se habían capacitado para expresarse con tanta propiedad y convicción, le contestaron: "que el Padre José Miguel de La Floresta (barrio donde se halla la Parroquia), los había preparado por dos años para poder ser misioneros".

Creo firmemente que la fe profunda y la entrega generosa al ministerio sacerdotal hacen acreedor al premio del siervo bueno y fiel: depositemos sobre su tumba flores que no se marchitan, actos de amor que continúen el ejemplo de este gran salesiano. Y oren por esta comunidad de Valera para que lleguemos a ser signos del amor de Dios a los jóvenes como lo fue José Miguel.

José Zanotto Baldo
Director

Datos para el Necrologio:

José Miguel Hernández López nacido en Güira de Melena, La Habana - Cuba el 26 de mayo de 1925, fallecido en Caracas el 11 de marzo de 1991 a los 47 años de profesión y 37 de sacerdicio.
